

ahora nacen y se nutren de la fe de Jesucristo dentro de esas comunidades no pueden ser tenidos como responsables del pecado de la separación, y la Iglesia católica los abraza con fraterno respeto y amor; puesto que quienes creen en Cristo y recibieron el bautismo debidamente, quedan constituidos en alguna comunión, aunque no sea perfecta, con la Iglesia católica.

Efectivamente, por causa de las varias discrepancias existentes entre ellos y la Iglesia católica, ya en cuanto a la doctrina, y a veces también en cuanto a la disciplina, ya en lo relativo a la estructura de la Iglesia, se interponen a la plena comunión eclesial no pocos obstáculos, a veces muy graves, que el movimiento ecuménico trata de superar. Sin embargo, justificados por la fe en el bautismo, quedan incorporados a Cristo y, por tanto, reciben el nombre de cristianos con todo derecho y justamente son reconocidos como hermanos en el Señor por los hijos de la Iglesia católica (**CONCILIO VATICANO II, *Unitatis redintegratio*, 3**).

19^{de enero}: El Señor es Cristo, es decir el Ungido, no porque hubiera recibido un ungüento derramado sobre su cabeza, sino por medio del Espíritu Santo, de modo que se ha convertido en fuente de toda energía espiritual para la naturaleza humana asumida por Él. No solamente es Ungido sino que es la propia unción, como se dice: «Tu nombre es perfume

derramado» (Ct 1,3), Ungido desde el principio y después ungüento. Mientras no existía nada a quien la divinidad comunicara lo que le es propio, el Ungido era un ungüento que permanecía en sí mismo; pero al haberse formado su carne bienaventurada, que recibió toda la plenitud de la divinidad (Col 2,9), a la que Dios infundió su Espíritu abundantemente y a quien infundió toda la riqueza de su naturaleza, entonces el aceite derramado en su cabeza con razón es denominado crisma y lo es. En efecto, por el hecho de comu-



nicarse, Cristo el ungido se convirtió en crisma, unción derramada (**NICOLÁS CABÁSILAS, ortodoxo bizantino s. XIV**).

20^{de enero}: Detestaba la expresión justicia divina, que según el uso y costumbre de los doctores había entendido siempre en sentido filosófico, como justicia formal y activa en virtud de la cual Dios es justo y castiga a los pecadores y a los injustos. Hasta que gracias a la piedad divina después de haber meditado noche y día comprendí la relación entre dos pasa-

jes concatenados: «La justicia divina se revela en Él» y «Como dice la Escritura, el justo vivirá por la fe» (Rom 1,17). Comprendí que la justicia de Dios no es sino aquella por la que el justo vive el don de Dios, es decir, la fe en Jesucristo, y que el significado de la frase era esta: Por medio del Evangelio se revela la justicia de Dios, aquella justicia pasiva por la que Dios misericordioso nos hace justos por la fe. Me sentí un hombre renacido y vi abiertas de par en par las puertas del paraíso. Toda la Escritura se me apareció con un nuevo rostro (MARTÍN LUTERO, reformador s. XVI).

21 de enero: No solamente quiso que le llamáramos Padre, sino, específicamente, nuestro. Es como si le pidiésemos de esta forma: Padre, que eres tan indulgente con tus hijos, a quien cuesta tan poco perdonar, nosotros tus hijos te llamamos y pedimos, seguros y plenamente convencidos de que, aunque totalmente indignos de un tal Padre, no nos mostrarás otro afecto que el paternal. Con esto no te llamaremos cada uno en particular Dios padre mío, sino que es necesario que todos en común te llamemos Padre nuestro, lo que nos advierte sobre cuán grande tiene que ser el sentimiento de amor fraterno que debe existir entre todos los que tenemos en común un Padre tan excelso (JUAN CALVINO, reformador s. XVI).

22 de enero: Bienaventurados los pacificadores. Pacificador

es quien, cuando tiene ocasión, hace el bien a todo el mundo; quien, lleno del amor de Dios y de toda la humanidad, no limita la expresión de su amor a su familia, a sus parientes y amigos, a los miembros de los partidos o grupos ideológicos más afines a su pensamiento; ni se reduce a quienes participan de la misma fe preciosa. Sobrepasa estos estrechos límites y mira de hacer el bien a todos, y manifiesta su amor a vecinos y extraños, a amigos y enemigos. Hace el bien a todos cuando tiene oportunidad, es decir, en todas las ocasiones posibles empleando su capacidad, su poder y las facultades del alma y del cuerpo, los recursos económicos, los intereses y la reputación (JOHN WESLEY, anglicano metodista s. XVIII).

23 de enero: Debemos insistir en cómo todos los medios divinos de la Palabra y de los sacramentos tienen que ver con este hombre interior y en que no es suficiente escuchar la Palabra de Dios con el oído exterior, sino que hemos de permitir que penetre hasta el fondo del corazón, de modo que podamos escuchar al Espíritu Santo, es decir, que sintamos la unción y la fuerza de la Palabra con viva emoción y consuelo. No basta con ser bautizado, sino que el hombre interior, a través del que nos hemos revestido de Cristo, debe ser conservado y debemos testimoniarlo en nuestra vida exterior. No basta con haber recibido exteriormente la santa Cena, sino que nuestro hombre interior,

reconfortado con este santo alimento, debe crecer de verdad (PHILIPP JAKOB SPENER, luterano pietista s. XVII).

24^{de enero:} Dios solo se nos manifiesta como una realidad viva a través de Cristo humano y divino; pero tampoco Cristo puede representar una realidad para nosotros, si no conservamos más que un



recuerdo histórico: debe revelársenos no solo en el pasado, sino también en el presente; y esta revelación en el presente debe ser independiente de nuestras limitaciones personales. Quienes creen poseer personal y directamente las revelaciones absolutas y definitivas de Cristo, es evidente que no se encuentran preparados para disfrutar de ellas, y tomar por Cristo a los fantasmas de su propia imaginación. No

debemos buscar la plenitud de Cristo en nuestra esfera personal, sino en su propia esfera universal, en la Iglesia (VLADÍMIR SOLOVIOV, ortodoxo ruso s. XIX).

25^{de enero:} Es necesario que los católicos, con gozo, reconozcan y aprecien en su valor los tesoros verdaderamente cristianos que, procedentes del patrimonio común, se encuentran en nuestros hermanos separados. Es justo y saludable reconocer las riquezas de Cristo y las virtudes en la vida de quienes dan testimonio de Cristo y, a veces, hasta el derramamiento de su sangre, porque Dios es siempre admirable y digno de admiración en sus obras. Ni hay que olvidar tampoco que todo lo que obra el Espíritu Santo en los corazones de los hermanos separados puede conducir también a nuestra edificación. Lo que de verdad es cristiano no puede oponerse en forma alguna a los auténticos bienes de la fe, antes al contrario, siempre puede hacer que se alcance más perfectamente el misterio mismo de Cristo y de la Iglesia (CONCILIO VATICANO II, *Unitatis redintegratio*, 4).

*Dios todopoderoso y eterno,
que reúnes lo que está disperso
y conservas lo que has unido,
mira con amor al pueblo de tu Hijo,
para que, cuantos han recibido un mismo bautismo,
vivan unidos por la misma fe y por el mismo amor.*